

CORREO DE XEREZ



DEL JUEVES 6 DE AGOSTO

de 1807.

Señor Editor: yo soy aquel *Curioso Preguntón* que desde Barcelona escribió á Vd. el año pasado de 1805 suplicandole se sirviese insertar en su Periódico algunas dudas que le ocurrían á mis pocos alcances, y efectivamente se dignó V. en el numero 144 estampar la comprendida en la siguiente décima:

Tres hijos tiene un Señor
 cada uno á qual mas viciado,
 uno á mugeres es dado:
 otro fiero jugador:
 otro ciego bebedor:
 llegando el Padre á testar,
 le mandó la herencia dar
 al que menos malo fuere,
 dígame ahora quien quisiere
 ¿Qual le deberá heredar?

Y en el numero 147 se me respondió aunque no
 que

quedé muy satisfecho con la que sigue.

Disipa el juego el dinero,
pierde á la salud el vino
y de uno y otro es destino
la muger y paradero;
luego si bien considero
de estos males en su ser
qual mas nos podra perder,
debo decir que *en rigor*
el juego es el mal menor
y el mayor mal la muger.



Ahora, pues, que acabo de llegar de las Americas y me encuentro que aun continúa el Correo Xerezano, no puedo menos que darle á V. gracias no solo en nombre de sus compatriotas sino de todos los amantes de la Patria y de las letras por su constancia y teson en hacer circular un papel en el que sin costo alguno puedan brillar los talentos de los sabios para instruccion de los ignorantes que como yo no saben mas que preguntar: en esta inteligencia sabrá V. que aunque he regresado á mi Patria con algunos dineros, pero pelos en mi cabeza *nihil est neutrum*: me he valido de quantas medicinas me han aplicado, y todas sin efecto, tengo mi cabeza como una bola de truco, ya ve V. un hombre con dinero y buen mozo, gracias á Dios, y calvo como la palma de la mano no pega para enamorar: el diablo de las mozuelas todo es reirse quando me miran, sin embargo que para la calle gasto mi peluca que disimula muy mucho mi calvaria; pero
con

sup

con todo siempre la luna es luna aunque se eclipse: yo se que no hay remedio para mi mal, y viviré siempre con este disgusto; pero no con la duda que me ha proporcionado el viajar tanto; en todas partes he visto muchos mas hombres calvos que mugeres, espero que alguno de los literatos que ilustran su Correo me saque de esta duda y me diga en que consiste esta diferencia.

Tengo, Señor Editor, tanto empeño en saber la causa de este fenómeno que ya que no vaya en decima mi pregunta como la otra vez iran en las siguientes los regalos que pienso hacer al que mejor lo acertare.

DECIMAS.

Vna brillante sortija

del gran Caballo del Cid

y del Arpa de David

un Bordon, y una Clavija:

La llave de la Balija

del Correo de Sodoma,

y el Cuello de la Redoma

dende destilaron Sales

los Espiritus Vitales

del Sancarron de Mahoma.

Una Calzeta de Adan,

el Sarmiento de Noé

la Cofia de Bersabé

y el Pellico de Abrahán:

brebas del Monte Faran,

medio Pectoral de Aron,
 el Cetro de Faraon,
 las Castañuelas de Asuero,
 las Columnas y el Cruzero
 del Templo de Salomon.

CONTINUA EL DISCURSO SATIRICO CONTRA EL BELLO SEXO.

SOBERBIA.

Es inalterable la subordinacion que las mugeres deb-
 ben guardar respecto de sus maridos; disposicion sagrada
 que deberian observar con la mayor exâctitud, no olvidan-
 do el haber recibido cubiertas las bendiciones nupciales,
 llevando con el debido abatimiento sobre su condicion
 el peso del fuerte anatema, en que se hallan sumergidas
 desde su origen, por lo que les dixo un S. Ignacio,
 que no se atrevan á llamar á sus maridos por su nombre
 debiendo llamarlos Señores; porque quando una muger
 domina al marido, se reduce la casa al estado mas
 miserable, y por ultimo se pierde. Se apodera tanto la
 dominacion, y el espíritu de soberbia de la muger,
 que parece, en sentir de Tacito, y Tito Libio, que
 tiene en ella su principal vicio, lo que manifiesta
 este en su libro 24 de la fundacion de Roma en estas
 palabras, *inflata adhuc regis animis, et muliebri spiritu*.
 De la hija del Emperador Niceforo se cuenta que por
 su mucha inchazon, y soberbia, nunca quiso lavarse
 las manos con agua usual, sino con agua de rosas.
 Ugulanea, llamada muchas veces por el Senado para
 que

que en una causa gravísima sirviese de testigo, fundada en su soberbia (no obstante de haber ley, que obligaba á las Vestales presentarse al Senado) no lo hizo, y obligó al Magistrado á venir á su presencia. Nadie ignora la soberbia de la muger de Caton, aunque despreciable por su nacimiento, quien poseida siempre de su orgullo rara vez se ponía en su presencia, que no recibiese mil ultrages, y desprecios. Porque á la muger de Achab le agradó la viña de Nabot, solo este título le pareció suficiente para quitarsela, y con ella la vida porque se quejaba de su injusticia. Para qué mas exemplos, digalo la experiencia del que tiene á su cargo hacer frente á unas invasiones tan continuas, como las que trae consigo una sociedad tan encontrada. Debe estar lejos de un hombre el yugo infame de una muger soberbia. Los maridos de las mugeres de Acaya dexaban en sus manos el gobierno domestico, y ellos afeminados hacian la cama, barrian la casa, ponian la mesa, y las demas cosas peculiares de la muger; por lo que riñendole Plinio á su amigo Sabatio, por que se dexaba mandar de la muger, le dice que le pesaba que viviese en Roma, porque era digno de la Acaya. Sienten tanto el abandono y el desprecio que no hay mal que no inventen para vengarse; pero de esto en otra parte, que con lo dicho basta para que los ciegos vean con ignominia suya, que de libres, y Señores pasan á esclavos los mas despreciables á la luz del que los mira sin engaño.

Se continuará

SIGUE LA HISTORIA DE LOS DOS AMANTES DE TSTRES.

¿Puedes tú, mi cara *Rosa*, (le dice el *Pastor*, creerme capaz de poder sufrir las durezas de un padre cruel?.... y todo lo que ha hecho, piensas que hizo alguna impresion sobre mí?....

Te ruego encarecidamente me descubras la situacion de tu corazon, y veras los sentimientos que acompañan al mio, del que puedes vivir segura que te amará siempre tiernamente á pesar de los mayores obstáculos que puedan oponersele.

En esta situacion estos dos tiernos amantes dexaban caer de sus ojos (segun lo exígian las circunstancias) crecidos arroyos de lagrimas, en las que tenia tanta parte el placer como el dolor. No, amado *Antonio* de mi corazon no, yo te hago justicia tocante á mi amor, y veo muy bien hasta que punto llega el exceso del tuyo. Si mis temores te han hecho sospechar algunas malas impresiones ya los han deshecho mi amor por tí, y la fuerza de tus juramentos. Este momento tan deseado de hallarte aquí, en donde siempre te hallaba fiel, ahora no me anuncia otra cosa que lo que mi impaciencia me habia predicho despues de haberte declarado á tu padre. ¡Ay mi querido *Antonio*! amémonos siempre tiernamente que puede ser que alguna vez nuestra suerte se compadezca de nosotros.

De este modo se aseguraban sus mas tiernas finezas; pero la dicha parece que tenia demasiada dulzura para subsistir en ellos mucho tiempo. El padre de *Antonio*

ha

había caído en sospecha temiéndose que el amor de su hijo no tuviese los resultados de un empeño de mucha seriedad. Un día pues trató de ir á sorprehender á estos desgraciados, y lo executó. En ocasion que el padre llegó al sitio donde sabia tenian costumbre de juntarse estaban ellos encubiertos detras de una grande porcion de piedras amontonadas con bastante arreglo unas encima de otras, con las que estaban resguardados de la violencia de los vientos que comunmente reynaban en aquella playa. Allí se entretenian en pensar en la discordia que reynaba entre sus padres, y en los medios de los quales debian valerse para vencer los obstáculos que se oponian á su felicidad; despues de las mas tiernas firmezas, hacian estas reflexiones que les dictaba su propio amor. El padre de *Antonio* se sentó al otro lado de las piedras para poder oir con facilidad todo lo que decian; pero no pudo acabar de oir toda la conversacion que tenian, pues apenas oyó algunas palabras, que se levantó con precipitacion, y partió á darle cuenta de todo al padre de *Rosa*. Esta escena no fué menos viva que la primera cuyas malas resultas debian venir á recaer sobre estas dos victimas inocentes.

Durante esta discordia entre los dos padres *Antonio* y *Rosa* estaban confusos y asustados por el ruido que sintieron quando la huida precipitada de este padre transportado de colera.

En breve tiempo experimentaron las fatales consecuencias de esta repentina sorpresa: sus corazones abatidos no sabian que determinar en medio de tantas desgracias. Nada era capaz de suavizar la amargura de sus affixidos corazones.

Mi

Mi querido *Antonio* (repetía cada instante la *Pastora*) si yo te pierdo ¿que será de mí?... ¿Quién prestará socorros á mi dolor luego que la esperanza de poséerte me sea enteramente perdida?... ¡Cielos! ¿Qual es mi crimen para hacerme tan desgraciada?... ¿Es acaso el de estar en estos horribles desiertos, donde no se oye otra cosa que los aullidos de las bestias ferozes?... ¿Hay en los climas mas afrentosos alguna criatura, cuya suerte no sea preferible á la mia?... Si te pierdo mi mas adorado *Antonio*, se acabará todo para mí, y la muerte sin buscarme me verá volar delante de ella.

El Pastor por su parte estaba penetrado del mas vivo reconocimiento á vista de los sentimientos de su querida á la que no respondía sino con los sollozos interrumpidos que su corazón exhalaba.

Los perros que estos amantes tenían para guardar su rebaño, excitados por los interrumpidos sonos de la voz lastimosa de sus amos, daban dolorosos alaridos por los que demostraban tomar ellos parte en el profundo dolor que padecían sus dos tiernos amos.

En esta situación les sobrecoge el padre de *Rosa*; el que apurado de su injuria y sin hacer caso de las lagrimas que estas dos victimas derramaban intercediéndole el uno por el otro, agarra á *Antonio* por los cabellos y le arroja á tierra, imputándole la pasión de su hija, y diciéndole mil oprobrios y blasfemias contra su padre.

Se continuará